



Introducción a la semana

En este domingo concluye, en la franja evangélica, el largo discurso del pan de la vida y lo hace provocando una seria crisis en los seguidores del Maestro de Galilea. Los que esperaban otro tipo de Mesías encuentran el lenguaje de Jesús muy áspero y difícil y, por ello, deciden abandonarlo. Los que continúan con Él saben que tienen que aceptar sus palabras y confiar en Él. La primera lectura nos presenta la asamblea de Siquén o solemne estipulación de la Alianza según la cual el pueblo dice servir a Yahvé. Y concluye también la carta de Pablo a los Efesios con un texto clásico para la teología del sacramento del matrimonio.

Las memorias de los santos que nos ofrecen estos siete días tienen tres puntos singulares: una madre, Mónica, y su hijo, Agustín; no está de más releer estos días en el hijo el rol pedagógico y orante de una madre que supo amasar con sus lágrimas el genio espiritual de su hijo, quizá porque se sintió amado sin medida. Se completa el trío conmemorativo con el recuerdo de esa cruel escena evangélica, culmen de la frivolidad insensata de los poderosos, que es el martirio de Juan el Bautista, porque había que quedar bien ante los invitados premiando la destreza en el baile de la hija ¡inhumana imbecilidad!

En las primeras lecturas, y de lunes a miércoles, escucharemos fragmentos de la II carta de Pablo a los Tesalonicenses; y de jueves a sábado, versos del primer capítulo de la I carta de Pablo a los Corintios. El primer texto abordará la venida del Señor, si bien y a diferencia de la I a Tesalonicenses, no se insiste en su inmediatez. I Corintios, amén del saludo tan denso en teología, y como estrategia superadora de las divisiones de la comunidad corintia, Pablo habla de la sabiduría de Dios en Cristo, y éste crucificado, constatando que Dios ha elegido lo débil para que se manifieste su fuerza y gloria.

Las perícopas evangélicas de la semana son también de Mateo, mas ahora tomadas de su discurso escatológico de los capítulos 23-25. Diatribas contra los escribas y fariseos, toque de atención para estar vigilantes, parábola de las diez muchachas en espera del esposo, y, por último, la parábola de los talentos.

Amigos, recuerden que el mensaje del crucificado es para nosotros fuerza de Dios. No la dilapidemos.

Lun
27
Ago
2012

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Mónica (27 de Agosto)

“Ay de vosotros, fariseos hipócritas ”

Primera lectura

Comienzo de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 1,1-5.11b-12:

Pablo, Silvano y Timoteo a los tesalonicenses que forman la Iglesia de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Os deseamos la gracia y la paz de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Es deber nuestro dar continuas gracias a Dios por vosotros, hermanos; y es justo, pues vuestra fe crece vigorosamente, y vuestro amor, de cada uno por todos y de todos por cada uno, sigue aumentando. Esto hace que nos mostremos orgullosos de vosotros ante las Iglesias de Dios, viendo que vuestra fe permanece constante en medio de todas las persecuciones y luchas que sostenéis. Así se pone a la vista la justa sentencia de Dios, que pretende concederos su reino, por el cual bien que padecéis. Nuestro Dios os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de Dios y del Señor Jesucristo.

Salmo

Sal 95,1-2a.2b-3.4-5 R/. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.
Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.
Porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23,13-22

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros! ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: "Jurar por el templo no obliga, jurar por el oro del templo sí obliga"? ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el templo que consagra el oro? O también: "Jurar por el altar no obliga, jurar por la ofrenda que está en el altar sí obliga." ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que consagra la ofrenda? Quien jura por el altar jura también por todo lo que está sobre él; quien jura por el templo jura también por el que habita en él; y quien jura por el cielo jura por el trono de Dios y también por el que está sentado en él.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Santa Mónica

Lo más famoso de Santa Mónica es ser madre de San Agustín. Pero, San Agustín lo celebramos mañana; hoy brilla con luz propia su madre. La tradición e incluso el arte, la recuerdan como modelo de mujer sufriente. Sufrió por su pobreza, por su falta de formación; sufrió en su matrimonio, y, sobre todo, por su hijo Agustín. Fue, también, modelo de madre. "No se puede perder un hijo de tantas lágrimas", le dijo San Ambrosio a propósito de Agustín, a quien ella siguió por tierra y mar hasta dar con él en Milán. Fue, sobre todo, una mujer de fe. Os invito a leer o releer las Confesiones de su hijo, donde tiene las mejores páginas sobre su madre. En especial, cuando en Ostia, asomados a una ventana, esperando embarcar para África, Agustín y Mónica conversan sobre Dios y la vida eterna en un auténtico éxtasis común, contagiados madre e hijo de felicidad, ella por la proximidad de su muerte y él por encontrarse con su madre. Completamos su fiesta con la palabra evangélica.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”

El Evangelio está plagado de diatribas contra la hipocresía de los escribas y fariseos, por más cumplidores de la Ley que fueran, que lo eran. El cumplimiento estaba bien, pero al no estar sazonado por la misericordia y la confianza en Dios como Padre, sintiéndose hijos, era no sólo equívoco sino incómodo e insoportable ante Dios. “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía” (Lc 12,1).

Hipócrata es el que finge tener cualidades, valores, ideas, bondades que, en realidad, no tiene. Todo el que pretende ser lo que no es, valer lo que no vale, tener lo que no tiene, es un hipócrita. Los fariseos pretendían –y siguen haciéndolo– que, cuantos los vieran, pensarán que eran cumplidores, devotos, amigos de Dios, cuando, en realidad, al margen de su cumplimiento, sus corazones estaban plagados de pecados, de orgullo, de mentira y de vanidad. Y, quizá algo más grave todavía, de una gran frialdad y dureza hacia sus hermanas y hermanos.

Nada que ver con la hipocresía el fingimiento del artista en el teatro, caracterizado, a veces por una máscara. Ésta no es para engañar, sino por el contrario para que el público sepa a quién están representando.

“Cerráis el Reino de los cielos a los hombres”

Esto es lo más grave que pudo decir Jesús de los fariseos y escribas, hipócritas. No reconocieron a Jesús que era la puerta y el camino de entrada al Reino de los cielos que él vino a inaugurar. Y, en la medida de sus posibilidades, impidieron a la gente sencilla entrar en aquel Reino de Dios. Eran los dirigentes religiosos del pueblo, con un prestigio enorme, y siempre se mostraron ante Jesús como los guardianes de la religión. Si ellos hubieran creído, si hubieran dado ejemplo al pueblo, todo hubiera sido distinto. Pero, su soberbia los cegó y se creyeron los intérpretes exclusivos de la Ley y hasta de las relaciones del pueblo con Dios.

Solo pensarlo produce escalofríos. Tienen al sol y prefieren su “linterna”. Les prueba la veracidad de cuanto dice y hace y prefieren seguir obstinados en lo suyo que no pueden probar. Se creen “salvados” por sus cumplimientos, y Jesús les desenmascara mostrando su hipocresía. En honor a la verdad hay que reconocer que hubo excepciones y no todos los fariseos pertenecieron al gran grupo denostado por Jesús. Recordemos a Nicodemo, superando sus miedos y reservas, hasta entrar y ayudar a entrar a cuantos, como él, eran veraces y auténticos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Santa Mónica

Santa Mónica

Madre de San Agustín

Tagaste, 331 - Ostia Tiberina, 387

Por su vida personal, por su influjo en la vida de San Agustín (> 28 de agosto) y por sus posibilidades simbólicas, Santa Mónica merece un puesto de honor en el santoral cristiano. Su determinación, su entereza de ánimo, su inteligencia, su amor materno y su fidelidad a la Iglesia resultaron decisivas en la conversión religiosa de su hijo, uno de los mayores padres de la Iglesia y figura cimera de la cultura occidental. Y esa actitud la convierte en modelo perenne de esposas y madres cristianas. La Iglesia, al honrar su memoria, satisface en cierto modo la inmensa deuda que tiene contraída con tantas mujeres anónimas, que no sólo han preservado la fe de sus hijos, sino que los han conducido al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

Madre y Maestra de Agustín

Mónica tuvo tres hijos: Agustín, que quizá fuera el primogénito, Navigio y una hermana de nombre desconocido. Los dos últimos no le dieron mayores problemas. Navigio, joven de salud delicada, introvertido y amigo de indagar el porqué de las cosas, debió de contraer matrimonio, al igual que su hermana. Ésta envió pronto y luego fue abadesa del monasterio de Hipona. En él ingresaron también algunas sobrinas de Agustín, sin que conste si eran hijas de Navigio o de su hermana. Lo mismo sucede con Patricio, clérigo de la iglesia de Hipona, y con su hermano, subdiácono de la de Milevi.

Fue Agustín quien absorbió la atención de Mónica. Su genio requería cuidados especiales y ella nunca se los regateó. Sufrió con él, le acompañó en sus dudas, le previno contra el peligro de la lujuria «muy preocupada me amonestó en privado que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase» (Conf. 2,3,7)— y le reprochó sus errores doctrinales y sus extravíos morales, llegando hasta expulsarle de casa. Otras veces adoptó métodos más suaves, echando mano de las riquezas de su corazón maternal. Solicitó el consejo de personas doctas que creía capaces de despejar las dudas de su hijo y conducirlo al buen camino, y, sobre todo, le recordó día y noche ante el altar del Señor. La lucha se arrastró durante tres lustros y en ella Mónica dio muestras insuperables de amor maternal, de constancia, de sagacidad y de espíritu de fe. El resultado de su esfuerzo fue una obra maestra.

De recién nacido le llevó a la iglesia, le inscribió en el registro de los catecúmenos y le inculcó el amor a Jesucristo. Un día Agustín confesará que ningún libro, «por elegante y erudito que fuera», le llenaba totalmente si en él no hallaba el nombre de Jesucristo, cuya dulzura había mamado «con la leche de mi madre» (Conf. 3,4,8). Sin embargo, de acuerdo con la práctica de su tiempo, Mónica no sintió la necesidad de bautizar a su hijo.

En perfecto acuerdo con su esposo se desvivió por darle una educación esmerada, y no la interrumpió ni cuando la muerte del marido debilitó el presupuesto familiar, ni cuando el despertar de las pasiones, el amor maternal la llevó a subordinar el bien espiritual de su hijo a su carrera profesional. Temió que el matrimonio diera al traste con sus estudios y, en consecuencia, comprometiera también su porvenir profesional.

[...] Su fe necesitaba el abono de la tribulación. Y ésta no le iba a faltar. Del 371 al 386 Mónica sufre un auténtico calvario. Un día Agustín se va a vivir con una mujer, otro abandona la Iglesia y da su nombre a los maniqueos, una secta que la combate, y otro cae en las redes del escepticismo. Ella sufre y llora, pero no se desmorona. Un sueño en que ve a su hijo en la misma regla en que se halla ella la reconforta y le da la seguridad de la victoria. Un día su hijo compartirá su fe.

El 374 alcanza a su hijo en Cartago y durante nueve años vive con él, hasta el 383, en que sufre una de las grandes desilusiones de su vida. Agustín, insatisfecho de los estudiantes de Cartago, quiere probar suerte en Roma y, para hacerlo con más libertad, abandona a su madre en la playa y embarca furtivamente para Roma. Mónica acusa el golpe. Llega a llamarle mentiroso y mal hijo. Pero continúa rezando por él y en la primera ocasión cruza el mar y se le une en Milán.

Agustín seguía sumido en la duda, sin certeza alguna y buscando desesperadamente algo en que creer: «Había venido a dar en lo profundo del mar y desesperaba de hallar la verdad» (Conf; 6,1,1). Decepcionado de los maniqueos, se había echado en manos de los escépticos, de los que no tardaría en pasarse a los neoplatónicos para terminar de oyente de San Ambrosio y lector de San Pablo.

Mónica celebró el cambio, pero sin entusiasmo. Su alegría no sería completa hasta la plena conversión de su hijo. Pensó entonces que el matrimonio quizá podría serenarle y le buscó una novia de su misma clase social. Agustín cedió a las conveniencias sociales, a las presiones de su madre y quizá también a los designios de la Providencia, y con inmenso dolor de su alma —mi corazón, sajado por aquella parte que le estaba pegado, me había quedado llagado y manaba sangre—, despidió a la mujer con la que había convivido durante 15 años. Pero antes de que su prometida alcanzara la edad núbil, llegó la gracia y tras ella el bautismo y la renuncia al matrimonio, a los honores, a las riquezas y a toda esperanza de este siglo. Mónica pudo cantar victoria. Su hijo ya se había subido a la regla del sueño.

El año que le quedaba de vida lo pasó al lado de su hijo saboreando la miel del triunfo. En Casiciaco cuida de Agustín y sus amigos «como si fuera la madre de todos». Interviene en sus diálogos filosóficos suscitando su admiración. En marzo del 387 está de nuevo en Milán, adonde Agustín ha vuelto para inscribirse en la lista de los catecúmenos. [...] Finalmente, la noche de Pascua, asiste llena de júbilo al bautismo de su hijo, de su nieto Adeodato y de Alipio, el amigo del alma de Agustín.

A las pocas semanas estaban todos en Ostia, a la espera de una nave que les devolviera a África. En la patria les sería fácil dar con un lugar apropiado para servir a Dios. Un día, mientras descansan del viaje, madre e hijo experimentan el llamado éxtasis de Ostia Tiberina.

Asomados a la ventana discurren juntos «sobre cómo sería la vida eterna de los santos [...], llegando a tocar con el ímpetu de su corazón aquella región de la abundancia indeficiente en la que tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad».

Mónica presintió la cercanía de la muerte. «hijo mío, nada me deleita ya en esta vida [...]. Una cosa deseaba y era el verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha concedido con creces, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago ya aquí» (Con: 9.10,26). A los cinco días cayó en cama y tras breve enfermedad expiró. Agustín, plegándose a su última voluntad, enterró a su madre en Ostia.

Javier Guerra O.A.R.

Mar
28
Ago
2012

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Agustín de Hipona (28 de Agosto)

“Descuidáis lo más grave de la Ley: el derecho, la compasión y la sinceridad”

Primera lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 2,1-3a.14-17

Os rogamos, hermanos, a propósito de la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con él, que no perdáis fácilmente la cabeza ni os alarméis por supuestas revelaciones, dichos o cartas nuestras, como si afirmásemos que el día del Señor está encima. Que nadie en modo alguno os desoriente. Dios os llamó por medio del Evangelio que predicamos, para que sea vuestra la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así, pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta. Que Jesucristo, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, os consuele internamente y os dé fuerzas para toda clase de palabras y de obras buenas.

Salmo

Sal 95,1-2a.2b-3.4-5 R/. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

Porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23,23-26

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el décimo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: el derecho, la compasión y la sinceridad! Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera”.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Manteneros firmes en la fe, conservando las tradiciones que habéis aprendido”

Los tesalonicenses andaban inquietos pensando que la parusía estaba cerca, así les habían inquietado algunos que se presentaban como portavoces de las enseñanzas de Pablo. Era tal la confusión que había quienes no querían trabajar porque el fin estaba ya cerca, por lo cual Pablo les dice la ya famosa frase: “El que no trabaja que no coma”.

Ante tanta confusión les escribe, en esta carta, que no hagan caso a esos mensajeros; que lo importante no es tanto el tiempo en que va a suceder, cuanto la fidelidad al Evangelio que él les había predicado y que, por la gracia de Dios, ellos habían recibido y creído. Si lo hacen así la gloria de Jesucristo será su gloria.

Pablo insiste una vez más que no se dejen desorientar, que sigan firmes y no apostaten de las tradiciones recibidas de los apóstoles. Finalmente ora para que Jesús, que nos ama tanto, los mantenga en la esperanza y los llene de todo consuelo.

También hoy hay falsos profetas, que proponen “su verdad” en contraposición de la tradición recibida y transmitida por la Iglesia. No nos dejemos engañar. Hay que seguir investigando y buscando la verdad, pero escuchando siempre la voz del Espíritu que sigue actuando en la Iglesia.

“Descuidáis lo más grave de la Ley: el derecho, la compasión y la sinceridad”

Los escribas y fariseos eran los que, oficialmente, enseñaban la Ley al pueblo. Muchas veces, con el pretexto del celo por la Ley, alejaban al pueblo sencillo del verdadero contenido de la misma, explicándola según sus criterios personales beneficiosos para ellos, induciendo al cumplimiento de normas externas contrarias al verdadero espíritu de la Ley.

Es por esto que Jesús les llama hipócritas; cumplían al pie de la letra normas sin importancia y descuidaban el verdadero sentido de la Ley: “Respetar el derecho de los otros, compadecer acompañando a los que sufren alguna desgracia: enfermos, huérfanos, viudas...”

Actuar con sinceridad es vivir en la verdad con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. Buscar siempre la verdad, cosa que ellos no hacían, por eso les llama ciegos y guías de ciegos, invitándoles a curar su ceguera, aceptando la luz que Jesús trajo al mundo.

También nosotros tenemos que limpiar nuestra ceguera, como lo hizo San Agustín, cuya fiesta celebramos hoy. Vivió muchos años alejado de la única Verdad, con su gran inteligencia la buscó donde no estaba, al fin la encontró, la abrazó y la transmitió a los demás. De él es la frase “Tarde te amé hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé; curaste mi ceguera”. Es uno de los grandes Santos Padres de la Iglesia, por sus enseñanzas.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

San Agustín de Hipona

San Agustín de Hipona

Obispo y doctor de la Iglesia
Tagaste (Numidia), 13-noviembre-354 / Hipona. 28-agosto-430

Africano de nacimiento y romano de cultura

San Agustín nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste (Numidia), hoy Souk Ahras (Argelia) y murió el 28 de agosto del 430 en Hipona (Hippo Regius), Bona bajo la ocupación francesa, hoy Annaba (Argelia). Hijo de Patricio y Mónica, lo que hoy llamaríamos un matrimonio mixto, tuvo dos hermanos: Navigio y la hermana cuyo nombre se ignora. Consejero municipal y modesto propietario y pagano, Patricio, el padre, abrazó la fe católica antes de morir. Mónica, la madre, excepcional mujer y santa de una pieza, consiguió también a fuerza de lágrimas y oraciones, la conversión del hijo Agustín, a quien llegó a ver consagrado a Dios.

Africano según todos los indicios, de raza y nacimiento, fue ciertamente romano por lengua y cultura. Aprendió las primeras letras en su pueblo natal, cursó los estudios medios en la cercana Madaura y los superiores en Cartago. Enseñó gramática en Tagaste (374) y retórica en Cartago (375-83), Roma (384) y Milán (otoño del 384-verano del 386), donde ejerció como profesor oficial. Dominó brillantemente la lengua y el saber latinos; no le fue familiar el griego e ignoró el púnico de sus ancestros. Retórico de cuerpo entero, fue malabarista de las palabras y un verdadero orfebre del idioma del Lacio, lo que a la hora de su lectura supone hoy, en tantas y tantas personas, hasta las menos cultas, que a sus escritos acuden, enriquecimiento y dilatación de la mente, regalada música para los oídos y saludable bálsamo en el corazón.

Genio de la humanidad

San Agustín es, sin duda, el más grande de los padres de la Iglesia y uno de los genios más eminentes de la humanidad. Su influencia durante los siglos ha sido permanente y profunda, pegadiza y universal, idea y palabra juntas: luz. De ahí que los estudios sobre su persona y obra se multipliquen hasta ser punto menos que imposible ofrecer hoy una lista completa: entre imitarlos y monografías pasan de 15.000 sólo en los últimos 25 años.

Desde Santo Tomás de Aquino, príncipe de la Escolástica y Doctor Angélico, al cardenal Newman, mentor estrella del Movimiento de Oxford y aristócrata del espíritu; desde Pascal, o Descartes, o Jaspers a Guardini, o Blondel, o De Lubac; desde San Gregorio Magno y San Fulgencio de Ruspe, hasta los cardenales Congar y Ratzinger y Martini, por sólo citar algunos nombres eminentes, pasando por un ingente número de sabios y santos, filósofos y teólogos, pensadores y doctores, han tenido su más alta escuela en el vasto saber y el profundo sentir y el dulce querer de este gran astro africano. Las pasadas generaciones adornaron su nombre con múltiples títulos representativos: los teólogos apostaron por el tradicional Doctor de la Gracia, pero el pueblo sencillo dio en la diana cuando prefirió El más sabio de los santos y el más santo de los sabios. La verdad es que no carece de credenciales para estos y similares que pudieran traerse. Va todo ello en épocas y lugares, gustos y querencias de cultivadores y especialistas del llamado agustinianismo perenne.

La personalidad

Agustín de Hipona es una personalidad compleja y profunda de puro atractiva y simplicísima: fue filósofo, teólogo, místico, humanista, poeta, orador, polemista, escritor y pastor. Una persona a la que casi nadie o muy pocas de cuantas han florecido desde el principio del género humano hasta hoy se le pueden comparar. Cualquiera que se adentre por las páginas de un libro bien orquestado acerca de los temas que acabo de citar en torno a su poliédrica personalidad se encontrará no tardando con «un hombre incomparable de quien todos en la Iglesia y en Occidente nos sentimos de alguna manera discípulos e hijos» (Juan Pablo II). El hombre de la inquietud, el santo del corazón, el maestro de la amistad, el servidor de la Palabra, el defensor de la paz, el promotor de la unidad en la verdad, el animador del diálogo en la caridad, el obispo monje, el cantor del ministerio de servicio, el eclesiólogo de la koinonía son, entre otras, algunas de las muchas facetas que ofrece al estudioso esta figura genial de la Iglesia de Cristo, que acertó a compaginar, en admirable consorcio y delicada conjunción, la razón y la fe, la libertad y la gracia, la religión y la cultura, el orden y la armonía. Humanista de vastos saberes y eclesiástico de hondas creencias, se supo, una vez convertido, todo de Dios, todo en Dios y todo para Dios. De ahí que sus obras hagan hoy tanto bien y sus frases, lo mismo las encontradas al azar que las elegidas de propósito, compendien un mundo de sugerencias para la religiosidad y el pensamiento.

La conversión y el bautismo

Con la de San Pablo es, sin duda, de las conversiones que más han influido en el cristianismo. Fue singular, «ya que no se trató de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido, convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino más bien a la Iglesia» (Juan Pablo II). Agustín cayó de joven en la secta del maniqueísmo, la mujer procrez como él la califica, que lo tuvo mutilado durante los mejores años de juventud. Su evolución interior arranca del Hortensio de Cicerón, cuya lectura le había despertado el entusiasmo por la sabiduría, aunque a trueque de profundas huellas racionalistas. A los diecinueve años abandonó con facilidad la fe católica y abrazó en pocos días el maniqueísmo. Un tiempo en el error, que lo llevó a unir su vida, durante los turbulentos años cartagineses, a la de una joven como él, mujer anónima de las Confesiones, con quien llegó a tener un hijo, Adeodato, hecho éste que le ha valido figurar entre el pueblo llano como el gran pecador que luego fue santo, ¡y qué santo! El retorno, en cambio, a la fe católica fue un proceso lento y trabajoso. Y la gran lección que de todo ello queda es que quien busca la Verdad, aunque por el camino tropiece y caiga, acaba encontrándola. Estamos ante una conversión de tipo intelectual primero y cordial después; de las que empiezan como tibia luz de un orto balbuciente que, poco a poco, según avanza la mañana, va desperezándose hasta la eclosión transformadora de un mediodía estallante de luz.

Por eso mismo, la tan citada escena del “Tolle, lege” no debe plantearse, como algunos malinterpretan, entre ser pagano o ser cristiano —que en ese momento ya lo era-, sino entre ser cristiano dentro del matrimonio, o serlo consagrado por completo a Dios. Mónica su madre, que había entendido como venida del cielo la consoladora frase de un sabio prelado, -no es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas, comprobó que su oración, más que sólo escuchada, había sido largamente atendida.

En la noche del 24 al 25 de abril del año 387, vigilia pascual aquel año, Agustín recibe el bautismo junto a su hijo Adeodato y su amigo Alipio, futuro obispo de Tagaste, de manos de San Ambrosio, el gran padre y doctor de la Iglesia. Asiste exultante a la ceremonia su madre Mónica. Canta gozosa en la basílica la madre Iglesia. Aguilucho travieso, con apenas plumón en las alas, había osado volar alto y se cayó al suelo. Pero Dios, Padre misericordioso, antes de que hiera pisoteado por los transeúntes, lo recogió misericordioso en la palma de su mano devolviéndolo al nido, desde donde, no tardando, remontaría el vuelo, ahora sí, para ser en adelante el Águila de Nipona. Lo medular de su mensaje, siendo así, consiste en un mantenido proceso de conversión. Fue y permaneció siempre el gran convertido. Grande por los admirables efectos que la conversión obró en su vida, y grande también por la continuada actitud de humilde adhesión a Dios, así como por la fe total en la gracia divina.

Padre y Doctor de la Iglesia

Ningún título mejor. Ninguna cumbre más airosa de las que nuestro protagonista escaló. Hay quien ha escrito que es no uno de los, sino el teólogo de la Iglesia. Una cosa es cierta en cualquier caso: frente a los maniqueos la estudió como hecho histórico y motivo de credibilidad, y contra los donatistas, a través de los conceptos de comunión y cuerpo místico. Su doctrina eclesiológica resplandece en muchas páginas del Vaticano Lumen gentium sobre todo, cuyo número 8, valga recordarlo, recoge una de sus más lapidarias frases: «La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» (la ciudad de Dios, 18, 52, 2).

Dos dimensiones de su eclesiología despiertan hoy particular interés: la cristológica y la pneumatológica. Cristológica, en cuanto que Jesucristo asiste a su Iglesia, está en ella presente de modo continuo como su cabeza, según la famosa doctrina del Christus totus. Como único mediador y redentor de los hombres, Cristo es cabeza de la Iglesia, Cristo y la Iglesia son una sola Persona mística, el Cristo total: «Admirados, gozad; nos hemos convenido en Cristo. Pues si él es la cabeza, nosotros seremos sus miembros: el hombre total somos él y nosotros». (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 21, 8).

Y junto a este bello perfil, se aprecia también atractiva y con airoso futuro la pneumatología. Porque el alma del cuerpo místico es el Espíritu Santo, vida del Pueblo de Dios, principio de comunión, caridad de la paloma, fuente inagotable de la prodigiosa expansión y universalidad de la Iglesia, pues «lo que es el alma con respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo con respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia» (Sermón. 267, 4).

Actual y de enorme interés ecuménico me parece asimismo su eclesiología de comunión, forjada, sobre todo al aire de la controversia donatista. Tres modos diversos, pero convergentes, emplea nuestro autor para referirse a la koinonía eclesial: el primero es la comunión de los sacramentos o realidad institucional fundada por Cristo sobre el cimientito de los apóstoles; el segundo es la comunión de los santos, o realidad espiritual, que une a los justos desde Abel hasta el fin de los siglos; y el tercero, la comunión de los bienaventurados, o realidad escatológica, que congrega a cuantos han conseguido la salvación, es decir, a la Iglesia sin mancha ni amiga (Ef 5, 27).

No basta con estar dentro de la Iglesia. Se requiere, además, ser Iglesia, koinonía, o comunión; es preciso construir a diario la Iglesia a base de sentir a la Iglesia, sentir con la Iglesia y sentirse uno mismo Iglesia, de suerte que ninguno de los problemas que preocupan al mundo nos resulten ajenos. Porque el sentir conduce inevitablemente al compartir, y compartir es ya evangelizar. En las relaciones humanas el papel de la amistad -otro término clave de la doctrina agustiniana- es definitivo. También lo es, dentro de la Iglesia, el diálogo, sin cuyo concurso resultarían imposibles ya la colegialidad, ya la comunión.

San Agustín consagró su entera vida de pastor de almas a devolver a la Iglesia de África la unidad rota por el cisma donatista. El entusiasmo derrochado en la tarea, su espíritu conciliar y conciliador, de mano amiga y generosa con el hermano disidente, su infatigable recurso al sereno coloquio para hacer luz en la verdad completa y llegar así, católicos y donatistas, a la reconciliación deseada, convienen a nuestro Agustín de Hipona en obligada y aleccionadora referencia para el ecumenismo del nuevo milenio. Su cita en los sínodos africanos -¡cómo no recordar sus intervenciones en la Conferencia ecuménica de Cartago el año 41!- constituye un espléndido paradigma de colegialidad, y la prueba palpable de que tampoco ésta debe prescindir del *sensus Ecclesiae* de los fieles.

Grandiosa herencia la de San Agustín para esta Iglesia de la *Novo millennio ineunte*, para esa tierra suya africana, continente de la negritud abierto al diálogo interreligioso. La resonancia de su voz sigue difundiendo con el genuino acento eclesiológico y evangelizador de esta bella frase, de piedra blanca como tantas suyas: «Honrad, amad, pregonad también a la Iglesia santa, vuestra madre, como a la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celeste. Ella es la que fructifica en la fe que acabáis de escuchar y crece por todo el mundo» (Sermón. 214, 11).

El autor que en el dintel de las Confesiones tira de pluma con el celeberrimo «nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Conf. 1, 1, 1), cierra su obra inmortal volviendo con la plegaria al mismo punto de partida: Señor Dios, danos la paz, puesto que nos has dado todas las cosas; la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin ocaso. (Ib., 13, 35, 50), porque también entonces descansarás en nosotros, del mismo modo que ahora obras en nosotros; y así será aquel descanso tuyo por nosotros, como ahora son estas obras tuyas por nosotros. (Ib., 13, 37, 52).

Agustín conquistó la paz del descanso en el Señor, el 28 de agosto del año 430.

Pedro Langa, O.S.A.

“Yo te convierto hoy en plaza fuerte”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 4,13-18

Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. Esto es lo que os decimos como palabra del Señor. Nosotros, los que vivimos y quedamos para cuando venga el Señor, no aventajaremos a los difuntos. Pues él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Salmo

Sal 95, 1 y 3. 4-5. 11-12a. 12b-13 (R.: 13b) R.: El Señor llega a regir la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al señor, toda la tierra.
Contad a los pueblos su gloria
sus maravillas a todas las naciones. R

Porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo. R

Alégrense el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuando lo llena;
vitoreen los campos y cuando hay en ellos. R

Aclamen los árboles del bosque,
delante del Señor, que ya llega
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. R

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 6, 17-29

En aquel tiempo, Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel, encadenado. El motivo era que Herodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Filipo, y Juan le decía que no le era lícito tener la mujer de su hermano. Herodías aborrecía a Juan y quería quitarlo de en medio; no acababa de conseguirlo, porque Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre honrado y santo, y lo defendía. Cuando lo escuchaba, quedaba desconcertado, y lo escuchaba con gusto. La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodías entró y danzó, gustando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la joven: -«Pídemelo que quieras, que te lo doy.» Y le juró: -«Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.» Ella salió a preguntarle a su madre: -«¿Qué le pido?» La madre le contestó: -«La cabeza de Juan, el Bautista.» Entró ella en seguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió: -«Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan, el Bautista.» El rey se puso muy triste; pero, por el juramento y los convidados, no quiso desairarla. En seguida le mandó a un verdugo que trajese la cabeza de Juan. Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se la entregó a su madre. Al enterarse sus discípulos, fueron a recoger el cadáver y lo enterraron.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Yo te convierto hoy en plaza fuerte”

En la primera lectura se escuchan la Palabra de Dios hablando a Jeremías sobre cuál va a ser su destino. Jeremías, un hombre que por naturaleza no era conflictivo, fue elegido por Dios para pronunciar palabras conflictivas entre los mandatarios y jefes del pueblo de Judá. Aunque Jeremías tuvo una buena relación con el rey Josías y con la familia más influyente de Jerusalén en aquel tiempo, la familia de Safán, tuvo que anteponer la palabra de Dios a la palabra de los reyes de Judá, sucesores de Josías. Él personalmente no era una persona a reivindicar contra la nobleza y los reyes, ya que siempre gozó del favor de ellos... Pero la Palabra de Dios se impuso a Jeremías como leemos en la primera lectura. Llenó de intranquilidad y en medio de la angustia de ver que tenía que predicar en contra de la “prostitución” de los reyes de Judá, Dios le habla para que se tranquilice, para que no tema porque Él mismo, Dios, va a ser su escudo: “Ciñete los lomos, ponte en pie y diles lo que yo te mando. No les tengas miedo, que si no, yo te meteré miedo de ellos. Mira; yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo. Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarle.”

“Herodías aborrecía a Juan y quería quitarlo de en medio”

En el Evangelio encontramos el cómo sucedió la muerte de Juan el bautista. Fue un martirio. Y como en todo martirio, la irracionalidad y el odio se encuentra como motor; Herodías, mujer de Filipo, el cual era el hermano de Herodes, tenía dos maridos: Filipo y el propio Herodes; Juan, respetado por Herodes pero odiado por su mujer Herodías porque estaba denunciando la situación ilícita, fue decapitado por el odio de Herodías hacia Juan. Juan fue la voz de la conciencia. El evangelio nos muestra una verdad: la irracionalidad del odio. Nos hemos de irnos lejos... El odio provoca la muerte de relaciones, el odio provoca el levantamiento de muros de separación; el odio genera tristeza, como a Herodes; además, el odio es provocado por incomprensiones, por mal entendimientos, por orgullo, por soberbia, por egoísmo, por poder.

La muerte de Juan el bautista termina con la victoria del odio. Sus discípulos recogieron su cuerpo y su cabeza, y los enterraron. La Iglesia siempre ha leído a Juan el Bautista como el que precede a Jesús. Juan precedió a Jesús en el bautismo, en la predicación y en la muerte. Pero hay una diferencia clara entre la muerte de Juan y la muerte de Jesús: la muerte de Jesús rompió el muro del odio; la Resurrección es la victoria de Jesús sobre la muerte del odio. El odio nunca jamás tendrá la última palabra.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Martirio de San Juan Bautista

Martirio de San Juan Bautista

Como resaltaba ya San Agustín de Hipona, San Juan Bautista es el único santo que es festejado no sólo en su muerte sino también en su nacimiento, al igual que Jesús y su Madre, María. Más aún, esta tradición duplicada se ha mantenido incluso en las últimas reformas conciliares en tiempos de Juan XXIII y Pablo VI. En concreto el martirio se celebraba ya desde el siglo IV de nuestra era.

De Juan Bautista dice San Beda el venerable: «El santo precursor del nacimiento, de la predicación y de la muerte del Señor mostró, en el momento de la lucha suprema, una fortaleza digna de atraer la mirada de Dios, ya que, como dice la Escritura, la gente pensaba que cumplía una pena, pero él esperaba de lleno la inmortalidad...

»No debemos poner en duda que San Juan sufrió la cárcel y las cadenas y dio su vida en testimonio de nuestro Redentor, de quien fue precursor, ya que, si bien su perseguidor no lo forzó a que negara a Cristo, sí trató de obligarlo a que callara la verdad; ello es suficiente para afirmar que murió por Cristo. [...]

Martirio de Juan

La historia de Israel tenía la experiencia de que todo profeta, que hablaba en nombre de Dios y denunciaba el pecado y la injusticia del pueblo y a sus dirigentes, ponía en peligro la propia vida y acababa sellando la palabra con la sangre.

Juan Bautista, voz profética, llegó a tener una gran autoridad ante sus oyentes y muchos en su pueblo se convertían. Les llegaba muy hondo el mensaje del nuevo profeta: justicia para con los hombres y devoción para con Dios. El programa de Juan era religioso y sin fines políticos, sin embargo, Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, lo encarcela y lo mata; ¿por qué?

Flavio Josefo, historiador judío, nos dice que Juan Bautista enardecía a mucha gente con su predicación y su estilo personal. Al enterarse Herodes, temió que pudiera organizarse alguna revuelta, como las que surgían entonces de vez en cuando, y le destronasen a él. Por eso, anticipándose y curándose en salud, mandó detener a Juan, posiblemente en la región de Perea, lo encarceló en Maqueronte, fortaleza situada al Este del mar Muerto, y después lo mandó matar.

Más tarde fue derrotado por Aretas IV, rey de Petra, que así vengó a su hija abandonada por Herodes para casarse con Herodías. Los judíos interpretaron dicha derrota como castigo de Dios por haber matado a Juan Bautista (cf. Antigüedades judías, 18).

Lucas tiene una cierta coincidencia con Flavio Josefo, pues dice que la gente le preguntaba a Juan: ¿Qué tenemos que hacer? Y su respuesta implicaba obligaciones de solidaridad y justicia con los demás; no bastaba ir al templo a orar y ofrecer sacrificios.

Pero además llegaban a hacerle esa misma pregunta otros colectivos muy representativos de la sociedad, como eran los recaudadores de impuestos y los soldados. Ya el hecho de que acudieran al profeta judío y le pidiesen consejo podía preocupar a Herodes; si, además, recibían órdenes de él y le obedecían, la cosa era más alarmante (cf. Le 3, 10-15). [...]

El Evangelio de Marcos, que leemos en la fiesta de hoy, nos aporta un motivo más directo y personal de la muerte de Juan, que puede completar el de Flavio Josefo. Juan, como buen profeta, en su predicación no sólo hace análisis de una sociedad injusta, sino que sus denuncias también afectan a los gobernantes. «No te es lícito tener la mujer de tu hermana,» Hay que tener valentía y ser muy libre para gritar la verdad cruda e hiriente al poderoso.

Aunque Herodes lo respetaba e incluso temía al pueblo, que tenía a Juan por profeta, su esposa Herodías le odiaba y esperaba la ocasión propicia para eliminarlo. El drama está servido en molde veterotestamentario: recuerda al rey Ajab y a su esposa Jezabel, que odiaba a Elías y estaba dispuesta a matarlo (cf. 1R 18-19).

La ocasión se la ofreció «en bandeja», nunca mejor dicho, su propia hija, al bailar en la fiesta y obtener el juramento de Herodes para que le pidiese hasta la mitad de su reino (cf. Est 5, 3,6; 7, 2). El gesto ha quedado inmortalizado por los artistas que reproducen tantas veces la bandeja con la cabeza del Bautista.

Los discípulos recogieron el cadáver y lo enterraron...

Seguidores de Juan Bautista

Muchos discípulos de Juan se hicieron después discípulos de Jesús, pero otros muchos siguieron con su bautismo y afirmaban que el enviado de Dios y verdadero profeta, si no el Mesías, era Juan Bautista.

Por eso, se impuso el realizar en las comunidades cristianas una revisión de Juan, su mensaje y su movimiento. Había que poner a Juan en su sitio como «precursor», y a Jesús y al bautismo cristiano como continuación y perfeccionamiento de la obra de Juan (cf. Hch 1, 4 ss.; 2, 38; 11, 16). Juan ha sido superado (cf. Lc 1-2; 7, 28) y es el «amigo» y «testigo» de Jesús (Cf. Jn 3, 29; 15, 15; 1, 15,33).

Enterrado en Samaria, hacia el 362 los paganos profanaron el sepulcro de San Juan Bautista y quemaron sus restos, Unos monjes salvaron parte de los mismos y los remitieron a San Atanasio de Alejandría y aparecen en una iglesia entre las ruinas de Serapeum. Hoy día se guardan sus restos en Mira (Turquía), en una mezquita, venerados recientemente por el papa Juan Pablo II. Sus reliquias, muy apreciadas por los monjes, se expandieron por todas partes, lo mismo que su devoción; llegando a multiplicarse las cabezas, manos, dedos y hasta se conserva sangre en ampollas. También cultivaron su devoción los militares de los primeros siglos, que lo veneraban como defensor de la ortodoxia. Se encontró una cabeza del santo en Constantinopla, en la capilla familiar de Teodosio.

Incluso hoy existen innumerables iglesias nuevas en África que se amparan bajo su patrocinio.

Juan Bautista Lobato Fernández

Jue

30

Ago

2012

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Estad en vela ”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1,1-9:

Yo Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por designio de Dios, y Sóstenes, nuestro hermano, escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto, a los consagrados por Cristo Jesús, a los santos que él llamó y a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor de ellos y nuestro. La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros. En mi acción de gracias a Dios os tengo siempre presentes, por la gracia que Dios os ha dado en Cristo Jesús. Pues por él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. De hecho, no carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusaros en el día de Jesucristo, Señor nuestro. Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. ¡Y él es fiel!

Salmo

Sal 144,2-3.4-5.6-7 R/. Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey

Día tras día, te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.
Grande es el Señor, merece toda alabanza,
es incalculable su grandeza. R/.
Una generación pondera tus obras a la otra,
y le cuenta tus hazañas.
Alaban ellos la gloria de tu majestad,
y yo repito tus maravillas. R/.
Encarecen ellos tus terribles proezas,
y yo narro tus grandes acciones;
difunden la memoria de tu inmensa bondad,
y aclaman tus victorias. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 24,42-51

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. ¿Dónde hay un criado fiel y cuidadoso, a quien el amo encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Pues, dichoso ese criado, si el amo, al llegar, lo encuentra portándose así. Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si el criado es un canalla y, pensando que su amo tardará, empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo hará pedazos, mandándolo a donde se manda a los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo”

San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Corinto y también a nosotros, proclama que “por él, por Cristo Jesús, habéis sido enriquecidos en todo”. Así es en efecto. La riqueza que hemos recibido es “participar en la vida de Jesucristo Señor nuestro”. Por nuestras venas no corre sólo sangre humana, sino también sangre divina. Siendo personas humanas hemos recibido el gran regalo de la vida divina. Somos realmente hijos de Dios, porque Dios es nuestro Padre. A Él nos podemos dirigir no como al Altísimo, al Todopoderoso, al Hacedor del cielo y tierra... Ya nos lo dijo Jesús. Cuando os dirijáis a Dios tenéis que decir “Padre nuestro”. Si Dios es nuestro Padre se acabaron los miedos, los temores... y la confianza total debe presidir nuestro trato con Dios. Y si Dios es nuestro Padre la herencia que nos espera no son millones y millones de dinero, que siempre serían fugaces, para unos cuantos años en la tierra, sino el reino de Dios, donde solo el Amor va a reinar y todos sus enemigos y falsos dioses van a ser aniquilados. Algo que vamos a disfrutar durante toda la eternidad, porque la muerte ha sido vencida. Una herencia que vamos a poder gozar en compañía de los hombres, nuestros hermanos.

“Estad en vela”

“Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor”. Esta advertencia hay que interpretarla según el concepto que se tenga del Señor que va a venir. Dando un rodeo. A un enamorado ¿cómo le sonaría el aviso de que estuviese en vela para la pronta venida de su enamorada? La recibiría encantando porque su gran deseo es disfrutar de la presencia de su enamorada. ¿Quién es el Señor para nosotros? Es el que nos ama entrañablemente, el que ha dado la vida por nosotros, el que está dispuesto a darnos cada día su cuerpo entregado y su sangre derramada, el que nos ha prometido, después de acompañarnos constantemente en nuestro trayecto terreno, que nos va a hacer disfrutar de la felicidad total en el reino que tiene preparado para nosotros desde la creación del mundo. Si es así, le estaremos aguardando cada día, cada minuto, cada instante... con gozosa expectación. Pero si el Señor tiene rasgos negativos para nosotros... nos costará mucho estar en vela y desear su venida. Pregunta clave: ¿quién es el Señor para nosotros?



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Vie

31

Ago

2012

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas.”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1,17-25:

No me envié Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo. El mensaje de la cruz es necedad para los que están en vías de perdición; pero para los que están en vías de salvación, para nosotros, es fuerza de Dios. Dice la Escritura: «Destruiré la sabiduría de los sabios, frustraré la sagacidad de los sagaces.» ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el sofista de nuestros tiempos? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? Y como, en la sabiduría de Dios, el mundo no lo conoció por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necedad de la predicación, para salvar a los creyentes. Porque los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados a Cristo, judíos o griegos, un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Salmo

Sal 32 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos.
Dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas. R/.
Que la palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.
El Señor deshace los planes de las naciones,
frustra los proyectos de los pueblos,
pero el plan del Señor subsiste por siempre,
los proyectos de su corazón, de edad en edad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25,1-13

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El Reino de los cielos se parecerá a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas. Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: "¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!" Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las sensatas: "Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas." Pero las sensatas contestaron: "Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis." Mientras iban a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo: "Señor, señor, ábrenos." Pero él respondió: "Os lo aseguro: no os conozco." Por

tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Como un gran faro que guía a los barcos ante la proximidad de la costa, en nuestra vida deberíamos buscar aquello que nos ilumine y de luz. La primera lectura nos habla de la experiencia de Dios en estado puro, la experiencia vivida desde el Evangelio. Era difícil para las primeras comunidades entender el mensaje de esperanza, que la muerte se transformaba en vida, que Jesús mostraba el camino que hay que seguir cuando lo que habían visto y oído era más bien todo lo contrario, una persona derrotada con un mensaje sin sentido. Todo un acto de fe.

Es en nuestro camino de vida donde debemos dejarnos guiar por la luz de la palabra, y al mismo tiempo, ser reflejo y parte de ella. Debemos arder y dar luz, compartirla y ofrecer nuestro combustible, el amor. Un amor que cada uno/a debe vivir plenamente, pues nadie puede amar por otro.

Las doncellas prudentes no compartieron su aceite con las doncellas distraídas, no por no ser generosas, sino para poder hacer ver que las experiencias personales deben ser vividas por cada uno y cultivar aquello que se nos ha dado sin dejarlo apagar. Estar preparados y contar con infinidad de amor, caridad, comprensión, tranquilidad... como el combustible de nuestra vida.

En una instalación eléctrica debemos contar con diferentes elementos si queremos que funcione correctamente y conseguir nuestro propósito: iluminar. Cable, regletas, conmutadores, enchufes, bombillas... Todos ellos son elementos únicos e imprescindibles, como nosotros. Cada uno y cada una podríamos elegir ser un elemento de esa instalación según creamos en nuestras posibilidades y virtudes: transmisores, conectores, mediadores, receptores o emisores. Todos ellos poseen una función para una misma finalidad: dar luz. Pensemos tranquilamente cuál sería nuestra función para poder hacer llegar a quienes nos rodean esa corriente de vida, esa luz guía, ese chispazo que es la VIDA.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Sáb

1

Sep

2012

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Repartió los dones a cada cual según su capacidad”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1,26-31:

Fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar el poder. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y así -como dice la Escritura- «el que se gloríe, que se gloríe en el Señor.»

Salmo

Sal 32 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.

El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. R/.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25,14-30

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco." Su señor le dijo: "Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor." Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: "Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos." Su señor le dijo: "Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor." Finalmente se acercó el que había recibido un talento y dijo: "Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces; tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo." El señor le respondió: "Eres un empleado negligente y holgazán; ¿con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque el que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadlo fuera, a las tinieblas, allí será el llanto y el rechinar de dientes."»

Reflexión del Evangelio de hoy

Considerad quienes habéis sido llamados.

Al hombre, la grandeza, la sabiduría, el poder en primer y en último término tan solo le vienen de Dios. A lo largo de toda la historia de la Creación todo hombre es importante y tiene un lugar en el corazón de Dios. Es el hombre, en su soberbia, el que ha creado una escala de valores distinta a la de Dios, a la que solo pueden llegar unos pocos y por lo tanto es excluyente, sectaria, elemento de pobreza y marginación, para los que no pueden entrar en ese grupo por mil motivos: intelectuales, físicos, culturales, sociales, económicos, etc... Para Dios no existe otra cosa que Su Presencia, Su Imagen y Semejanza en cada hombre. Él es quien nos ha creado, así que es de suponer que su escala de valores es la que lleva al hombre a su plenitud, conoce la verdad entre grande y pequeño, entre lo importante y lo despreciable.

Por eso en este fragmento de la carta a los Corintios se nos invita a reflexionar para ver en que coincide nuestra idea de comunidad, de justos, de hijos de Dios, con el concepto que de ello tiene el propio Dios: "Lo necio del mundo lo ha escogido Dios, lo que no cuenta, lo vil, lo despreciable". Entendamos bien hermanos cuánto hay de mundo en nuestros conceptos de fe, debemos evangelizar no solo a otros sino a nuestras propias ideas, sentimientos para llegar a la magnanimidad de Dios para con cada ser humano. Seamos coherentes con el Maestro, que tenemos un Mesías, un Rey, Cristo Jesús pero sin olvidar cual fue su vida y su desenlace: Cristo crucificado, Hijo muerto por amor.

Los dejó encargados de sus bienes

Hoy termina el «discurso escatológico», sobre la vigilancia que nos debe caracterizar a los cristianos ante la venida del Señor. Después de las parábolas del ladrón, de la vuelta del amo y de las jóvenes que esperan al novio, hoy Jesús nos transmite su enseñanza con la parábola de los talentos.

Cada uno tenemos que hacer fructificar los talentos o dones que Dios nos da: cinco, dos, uno. No importa lo que nos dé (Dios es libre y sorprendente a la hora de conceder su gracia). Lo que cuenta es si cada uno de nosotros hemos trabajado o no, o si trabajamos en aumentar los dones que Dios nos ha dado, sea poco o mucho. Dios nos pedirá cuenta de lo que nos ha dado a cada uno, según nuestra capacidad: al que le ha dado cinco, como cinco y al de dos como dos. Él no nos va a exigir más de lo que podemos, sólo se conforma y se contenta con que trabajemos con lo que nos da, y no lo enterremos, por miedo a que nos exija más de lo que nos da, será en nosotros un claro «pecado de omisión» no trabajar en lo que se nos ha encomendado.

Podemos pensar en los dones naturales y sobrenaturales que hemos recibidos: la vida, la inteligencia, las habilidades que nos caracterizan... ¿Sacamos provecho de esos dones? ¿Los sabemos utilizar también para beneficio de la comunidad? ¿O los escondemos «bajo tierra» por pereza o una falsa humildad? No somos dueños, sino administradores de los dones que Dios nos ha dado, y que se presenta aquí como un capital que Él ha invertido en nosotros. Especialmente los dones y gracia como tener a Jesús como Salvador y Maestro, el don de su Espíritu, la palabra de Dios que recibimos cada día, la comunidad o familia, la Fe, los sacramentos. ¿Qué fruto le estamos sacando?

Pidamos al Señor el poder escuchar las palabras que Él guarda para los que se han esforzado por vivir según sus caminos: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor. Como has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor».



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

